



El Falso Dilema: Cuando Elegir hoy el «Mal Menor» es Perpetuar la Derrota



ARTÍCULO ORIGINAL: 22 de noviembre de 2025

<https://vanguardiacomunista.cl>

La Farsa de la Elección

Nos encontramos, una vez más, ante el ritual de la democracia liberal: la elección entre dos caras de una misma moneda. El discurso hegemónico, amplificado por medios y la clase política, insiste en que estamos ante la decisión más crucial de nuestra historia, un dilema existencial entre la civilización y la barbarie. Pero bajo esta capa de urgencia y miedo, se esconde una operación mucho más profunda y perversa. La elección del «mal menor» no es un mal paso necesario, ni tampoco la forma de «contener el mal». Por el contrario, es el mecanismo perfecto mediante el cual la democracia capitalista liberal de mercado pletórico garantiza su reproducción y avance, neutralizando y absorbiendo toda resistencia genuina. Es la forma en que



la institucionalidad política, económica y cultural nos convence de ser cómplices de nuestro propio despojo.

El Espejismo de la Diferencia: Despojado en Invierno o Verano

Se nos pide que elijamos entre la izquierda indefinida y posmoderna, representada por figuras como Janette Jara, y el postgremialismo canuto de José Antonio Kast, que se transformaron definitivamente en los calvinistas de rito católico. Este es presentado como el gran debate. Sin embargo, esta disyuntiva es un espejismo. La diferencia real es el dilema de elegir ser desahuciado en invierno o en verano: se trata de la ilusión de optar por la opción que hace tolerable el desahucio, pero no lo impide.

En este escenario, es necesario hacer una distinción crucial. La opción representada por Jara es, en muchos sentidos, la más peligrosa. ¿Por qué? Porque el Partido Comunista de Chile (PCCh) es una fuerza que se pinta de amiga de los trabajadores, pero su práctica concreta lo demuestra como un gestor leal del orden establecido. En este punto, hay que hacer caso a las advertencias de Marx: es más peligroso un enemigo que se hace pasar por amigo que el enemigo directo y explícito. Kast representa la burguesía en su forma descarnada, un adversario claro. Jara y el PCCh, en cambio, administran el consenso, desmovilizan la rabia popular canalizándola hacia las urnas y, con su retórica identitaria vacía, legitiman el mismo sistema que dice combatir. Son la cara «amable» de la hegemonía, y por eso mismo, su rol en desarmar ideológicamente toda insubordinación de la clase trabajadora termina siendo infinitamente más dañino.

Por un lado, el progresismo hegemónico ofrece un capitalismo con rostro humano, adornado con una retórica de derechos e inclusión que, en los hechos, no cuestiona o no puede superar la lógica de la acumulación, la mercantilización de la vida, la dependencia del subdesarrollo industrial y la propiedad privada de los medios de producción de riqueza. Es el administrador que nos desahucia, pero nos permite llevarnos algunos bonos y nos habla con compasión. Por el otro, la derecha tradicional ejecuta el desahucio de forma fría y tecnocrática, sin ambages, acelerando el proceso y recortando cualquier atisbo de bienestar. Es el invierno de la política.

Los sectores progresistas y el PCCh ya sea de forma engañosa o por ingenuidad, son incapaces de lograr la llamada dignidad que defienden, a no ser que la entiendan como un poco más de limosna estatal, porque parten de visiones conformistas, maleables y mediocres. No han defendido con firmeza o continuidad el fortalecimiento de la capacidad de decidir de sindicatos, cooperativas o el Estado sobre la dirección económica de los grandes empresas, ni siquiera con avances consistentes, graduales o lentos, siempre parten en teoría o práctica, que la riqueza social se distribuye y forma desde las empresas privadas, sin disputar espacios económicos estratégicos, dejando las decisiones fundamentales a grandes inversores privados, y a lo más subvencionando forestales e industria de la celulosa, o manteniendo sectores sobrevivientes estatales, como



CODELCO, así la poca capacidad está dada por la inercia histórica de procesos anteriores, dicen estar en contra del «avance de la ultraderecha» y ellos están en una constante defensiva y retirada.

Cuando ganan dicen «¡llegó el verano!», pero Chile, la Patria, sigue siendo la casa de esos magnates nacionales o transnacionales, el pueblo queda afuera, expuesto al intenso sol y estas izquierdas alienantes dicen y dirán cuando se les critica «pero no murieron de frío» y con eso se quedan contentos tomando refresco, o peor aún, insolándose y alegrándose de ello. Mientras la discusión se centra en elegir entre estaciones, en analizar minuciosamente las diferencias de temperatura entre ambos verdugos, el despojo sigue su curso. La casa, -nuestra verdadera capacidad de decidir sobre nuestras vidas y nuestro futuro- la seguimos perdiendo. Aceptar esta lógica equivale a bajar los brazos en la guerra de posiciones, renunciando a construir una alternativa real y convirtiéndonos en cómplices de la misma hegemonía que pretendemos combatir y superar.

La Misma Opción de Fondo: Geopolítica y Modelo Económico

Esta similitud no es casual ni superficial; es estructural y se expresa con claridad en los pilares fundamentales del Estado. **Geopolíticamente, ambos proyectos suponen la misma opción: la alineación subordinada con Estados Unidos y su núcleo de alianzas.** Entre ambos existen matices marginales en el tono o la retórica, pero el rumbo es idéntico. La prueba más contundente es que, ante la disyuntiva histórica de integrarse a un mundo multipolar, **ambos bloques han rechazado de plano unirse a los BRICS**, decidiendo conscientemente mantener al país en la órbita de la potencia hegemónica.

Si bien para algunos el tono matizado y suavizado de una figura como Janette Jara en los debates presidenciales podría parecer un pragmatismo prudencial, una supuesta apertura táctica para no cerrarse del todo a iniciativas como los BRICS, la realidad de la política de Estado desmiente esta fachada. En la práctica concreta, lo que se prioriza y ejecuta es la doctrina de Heraldo Muñoz, cuyo principio rector es la alineación subordinada. Esta doctrina, aunque se envuelva en un lenguaje diplomático de «responsabilidad» y «realismo», se traduce en una obsecuencia estratégica que vela, por encima de todo, por no molestar los intereses fundamentales de Estados Unidos, con el idealismo de que el matón puede ser amigo, es el síndrome de estocolmo geopolítico.

Cabe señalar que la llamada política de «las tres cuerdas» es estructuralmente incompatible con los BRICS, ya que esta última supone una alianza estratégica contra el hegemon frontal, no una mera diversificación de contactos dentro del mismo orden unipolar. El resultado es la misma renuncia a la soberanía: se rechaza la desdolarización, se protege la cadena de suministro de recursos críticos como el cobre y el litio para la industria militar y tecnológica estadounidense, y



se evita cualquier competencia real a las instituciones del orden liberal encabezado por el FMI y el Banco Mundial.

En lo económico, el consenso es igualmente abrumador. **Ambos son defensores acérrimos del núcleo duro del modelo neoliberal: las AFP.** Ninguno de los dos proyectos plantea o planifica su eliminación, solo reformas cosméticas que garantizan la perpetuidad del negocio previsional. Finalmente, **ambos proponen el mismo modelo económico de base: el extractivismo canónico de la subordinación que nos tienen.** Uno puede proponer una ligeramente mayor participación estatal en las rentas (el «verano») y el otro una desregulación más feroz para el capital transnacional (el «invierno»), pero ambos descansan en la misma base de una economía primario-exportadora, dependiente y ajena a cualquier proyecto de soberanía productiva o industrialización.

La Capitulación Disfrazada de Estrategia: El Atajo Moral del Infantilismo

Dentro de este teatro, un sector de las izquierdas cae en la trampa más contraproducente: la de justificar el alineamiento con el bloque «progre» bajo la lógica del «voto útil» para «contener la ola fascista». Este razonamiento contiene un error diagnóstico y estratégico de proporciones.

Es un error confundir las expresiones reaccionarias y tecnocráticas del capital, el neogremialismo, con un fascismo que no se ve por ninguna parte. Esta confusión, a menudo deliberada, solo sirve para dos propósitos: justificar la capitulación ideológica y el realineamiento con el bloque dominante, y para aterrorizar a las bases con un fantasma que permite cerrar filas alrededor de la opción menos contestataria.

El PCCh, junto con el sector «progre», están fagocitados por la lógica del mercado pletórico de la democracia, no utilizan la democracia liberal como herramienta, sino como fin, se rigen por la contingencia inmediata de lo planteado por «la discusión pública» que es gestionada por grandes medios de comunicación privados y sectores académicos dependientes de academias de Estados Unidos y aliados, por lo que si lo que plantean es rechazado por la hegemonía, lo cambian para encajar mejor a la «demanda del voto».

Apoyar al «mal menor» progresista no es una tregua táctica que debemos aprovechar. Es ridículo pensar que se trata de ganar tiempo ni de evitar una derrota; una tregua en estos términos no representa ninguna victoria táctica. Es, en el mejor de los casos, una ilusión; en el peor, la rendición absoluta. Este «atajo moral» contra el capital es el verdadero infantilismo. Es creer que se puede derrotar al sistema abrazando a su socio gestionista, que se puede hacer la revolución votando por el administrador más «simpático» del capital. Es una política de la emoción y el miedo, sin ningún soporte de seriedad política revolucionaria.



Repasemos algunos comodines de la izquierda indefinida:

1. Contra la «Rendición Encubierta»: La Verdadera Capitulación Histórica

La acusación de que rechazar el voto útil es «facilitar el triunfo de Kast» es el chantaje perfecto del sistema. Invierte los términos de la rendición. La verdadera rendición histórica no es negarse a participar en su juego, sino aceptar el tablero neoliberal y llegar al extremo de liderar sus fichas. Es renunciar de antemano a cualquier horizonte de transformación real a cambio de un puesto de gestión dentro del modelo. ¿Qué se «defiende» exactamente? ¿Un sistema de AFP que traiciona a los trabajadores? ¿Un modelo extractivo-exportador que perpetúa el subdesarrollo? Defender eso no es una «trinchera»; es ser el capataz de la propia plantación. La rendición no es la abstención crítica, sino la asimilación. Nos dicen que para no rendirnos ante Kast debemos rendirnos nosotros primero, para siempre, a la lógica del capital.

2. Contra la «Crítica de Salón»: La Comodidad del Gestor que Rehúye la Crítica Material

Se nos acusa de hacer «crítica de salón» desde la «pureza teórica». Este es el argumento favorito de la tecnocracia de izquierda para evadir cualquier cuestionamiento de fondo. Pero ¿quién está realmente en el «salón»? El salón es el hemicycle parlamentario donde se negocia, se transa y se administra lo posible, desconectándose progresivamente de las bases materiales que dicen representar. El salón es la alta burocracia de este Estado rancio.

La «crítica de salón» es la de quienes, habiendo asumido la lógica del poder institucional, rehúyen sistemáticamente la crítica materialista por considerarla «impráctica» o «dogmática». Le llaman pragmatismo a la comodidad.

Ellos se refugian en la crítica superficial de las formas (el tono, los «matices», la estética). Nosotros señalamos la enfermedad estructural del capital; ellos debaten sobre el sabor de la medicina que nos dan para paliar los síntomas. **Su gran «solución» es el paternalismo asistencialista: la trampa perfecta que, lejos de romper con la miseria económica, la administra y perpetúa. Mientras el poder real sigue en manos del capital financiero y extractivista, ellos ofrecen migajas estatales que crean una clientela política dependiente, pero que nunca desarrollan la economía real ni transfieren poder soberano.** Esto no es «Otro Chile», es la modernización del clientelismo, donde la pobreza deja de ser un problema a resolver en su raíz y se convierte en el recurso que alimenta su maquinaria política. En este punto deberían unirse a una ONG, la ONU o al microestado vaticano por su labor universalmente inútil por la pobreza.



Por lo tanto, la verdadera «crítica de salón» no es la nuestra, sino la de una izquierda institucional que ha convertido la política en una carrera profesional, abandonando el análisis de clase concreto por la gestión tecnocrática de la desigualdad. Se nos llama «puros» no por nuestro radicalismo, sino para ocultar su propia impureza: la de haberse fundido con el enemigo de clase en un solo abrazo. Nuestra crítica no es un lujo de intelectual; es una necesidad, y la única que sigue apuntando al corazón del problema -la propiedad y el control de la economía, y la posición de Chile en el tablero geopolítico-, no a contentarnos con ser los administradores más «compasivos» del despojo.

La Tarea Real: Disputar la Hegemonía, No la Urna

Si nuestra energía se agota en el ciclo electoral, estamos perdidos de antemano. La tarea fundamental no es la defensa reactiva de un orden en crisis -ya sea el progresista o el conservador- sino desarrollar una vanguardia contrahegemónica capaz de interpelar críticamente, por ejemplo, las condiciones que llevan a sectores populares a votar por proyectos de derecha. ¿Es solo ignorancia? ¿O es el fracaso palpable de una izquierda que ha abandonado la lucha de clases por la gestión tecnocrática y la política identitaria desconectada de las necesidades materiales? El desafío estratégico es construir un proyecto revolucionario que dispute la hegemonía cultural e ideológica en todos los frentes, consciente de que sin dirección política clara toda energía popular se diluye.

Nuestra tarea de vanguardia contrahegemónica comienza por articular un discurso de ruptura en el lenguaje del pueblo, traduciendo el análisis de clase a términos materiales concretos. No se trata de propagar miedos liberales sino de demostrar que la elección entre progresismo y derecha es el dilema entre Coca-Cola y Pepsi: la misma esencia azucarada en envases distintos. Nuestro rol es desenmascarar la ilusión de la marca para revelar el veneno azucarado de clase y traición a la patria que ambas contienen, entregando herramientas de análisis que permitan a los trabajadores y la nación reconocer su enemigo común detrás de las máscaras electorales.

Conclusión: El Coraje de Rechazar la Trampa

El llamado, entonces, es a tener el coraje de rechazar la trampa. No seamos los tontos útiles que, creyendo ser pragmáticos, garantizan la reproducción del sistema. Nuestra tarea no es salvar a la democracia liberal de su irrelevancia frente al problema nacional, sino construir una alternativa que la haga innecesaria en su justificación.

